

ciones entre la élite y la mayoría trabajadora. El uso de un lenguaje y símbolos similares crearon consenso pero, en ciertas situaciones conflictivas, debieron aparecer significados y funciones diferentes adscritas a la etnicidad, acorde a las experiencias vividas. De igual manera, Bodnar minimiza la heterogeneidad del grupo inmigrante al analizar su cultura. La cultura forjada en las tensiones de la vida cotidiana creó nuevas visiones del mundo, difícilmente semejantes para la clase media y la trabajadora. Estas divergencias hicieron complejos el entendimiento y la acción política entre los inmigrantes, razón para no contentarse con reducir la política a la participación formal en los engranajes partidistas. Existían formas de acción política informal y comunitaria. A través de ellas, la clase obrera inmigrante llevaría sus preocupa-

ciones por el trabajo y la familia al escenario político, al margen de los canales partidistas. En este sentido, la interesante y sugerente discusión sobre trabajo y protesta resulta parcial. Bodnar no analiza la relación del desfase en la integración de los inmigrantes a las relaciones industriales con la naturaleza de otros grupos radicales, como la IWW que tuvo gran auge entre los inmigrantes; o con el nacionalismo étnico que movilizó grandes contingentes y los ligó al movimiento obrero y radical norteamericano. El saldo de esta experiencia nos ayudaría a comprender los cambios en la concepción y establecimiento de relaciones sociales entre los inmigrantes y la confluencia hacia el radicalismo y el sindicalismo de la década de 1930. Estos puntos débiles en la discusión sugieren la necesidad de colocar la experien-

cia de la inmigración, como pieza clave, en el proceso formativo de las clases sociales, en particular de la clase obrera norteamericana.

The Transplanted responde a los llamados a sintetizar la amplia producción monográfica. El autor hila e interpreta siguiendo la dinámica entre los requerimientos de un capitalismo en expansión y las estrategias de vida de la gente común. El proceso delineado integra la industrialización y la urbanización con los lazos familiares, el trabajo, la religión, la resistencia cultural y la heterogeneidad de los grupos inmigrantes. Las fallas del libro resultan de las deficiencias en la historiografía y de su carácter pionero. Su importancia reside en plantear un nuevo paradigma. Con él tendrán que lidiar quienes ahora aborden el estudio de la inmigración en la historia de Estados Unidos.

De cómo los sentimientos también hacen historia

Verónica Zárate

Susan Mary Alsop, *Alegría y escándalo de un Congreso. Viena, 1814-1815*, Traducción de Juan José Utrilla, México, Fondo de Cultura Económica, 1986, (Colección Popular, 334), 316 pp.

La historia no sólo se escribe a partir de cuestiones económicas, políticas o diplomáticas. Igualmente importante son las innumerables variantes que constituyen las relaciones sociales. Este

texto de Susan Mary Alsop aborda una de esas variantes no siempre aceptadas por los dogmáticos. Con un estilo que recordaría las historias noveladas o las novelas históricas, por ejemplo las de Jean Plaidy, este libro utiliza como pretexto, acaso como hilo conductor, lo sucedido en París, Londres y Viena en 1814-15. No hay que esperar que se nos describa detalladamente los acuerdos diplomáticos a que llegaron los ministros de Rusia, Austria, Inglaterra y Prusia —la cuádruple alianza—

o de la intervención que tuvo el representante francés en la fijación de los destinos de los pueblos que alguna vez fueron tocados por la mano imperial de Napoleón, o las cuestiones territoriales de Italia y Alemania o la fijación de reglas diplomáticas. Sólo se mencionan de paso, a manera de recapitulación y para preparar las frases de exaltación a un congreso que intentó meter en orden a un continente asolado por la guerra.

En cambio lo que sí se encuentra en este libro es la descripción

de los sentimientos y humores de estadistas de la talla de Meternich, Talleyrand, el Zar Alejandro, el Duque de Wellington, Casterleagh, y de paso, Napoleón. Por supuesto, en los ánimos de estos precarios representantes del género masculino jugaron importante papel los elementos femeninos con sus sutiles intrigas que son detalladas por la autora.

El título original en inglés, "Los bailes del congreso" proviene de una frase pronunciada por el príncipe Charles Joseph de Ligne: *Le congrès ne marche pas, il danse*. La denominación que los editores dieron a la obra en español tal vez se acerque un poco más a la descripción del contenido. La alegría, un fuerte y necesario sentimiento, se mezcla con el escándalo ante las decisiones políticas adoptadas por el congreso, pero tal vez más ante las pecaminosas vidas de los actores.

Que los romances y bailes, comidas y disputas se den en medio de negociaciones y guerras, desmembraciones y decisiones, no es algo que la historiografía tradicional acepte. La autora repetidamente se pregunta: "¿Hasta qué punto los hechos públicos fueron influidos por la tragedia personal?" La respuesta implicaría tomar en consideración la historia de sorpresas y accidentes, la his-

toria en vilo con los amores; o para ponerlo en palabras de Alsop "la fascinación del congreso de Viena se debe, en parte, a la extraña interrelación de lo serio y de lo frívolo".

La información central es armada con escritos, diarios, cartas y memoriales producto de las observaciones de personajes —femeninos en repetidos casos— que estuvieron presentes en los sucesos de la época o que estaban relacionados de uno u otro modo con los protagonistas. La valoración que la autora hace de las fuentes es un tanto peculiar: "En aquellos días no había correspondencias de guerra y por ello las cartas de Priscilla Burghersh tienen particular valor". Se citan también las clásicas historias sobre el Congreso y la Europa del momento, así como las biografías de los actores principales. Así pues, van desfilando los personajes. Pero para evitar que pasen inadvertidos, cuando aparecen por primera vez, se proporcionan, a pie de página, los mínimos datos para su ubicación espacial, temporal y estamentaria.

La dignidad y la ilusión juegan papeles importantes en el texto; la prisa por huir antes de sufrir los ataques de Napoleón, hacen perder la dignidad que es recuperada rápidamente al ofrecer un baile o

un banquete ostentoso. La ilusión aparece en Napoleón tras cada victoria, en las regiones afectadas que esperan algún beneficio del congreso, en las damas que aguardan la visita de algún potentado, o en el lector que desea encontrar datos más fríos.

¿Y América? Bien, gracias. ¿Y España? Sólo es esporádicamente mencionada. Quien se acerque al texto con un afán de ampliar sus conocimientos de historia universal —europea en este caso— o en busca de explicaciones sobre lo que ocurría en España y América en ese momento, debe recurrir a la imaginación para encontrar las conexiones necesarias. Así por ejemplo, será necesario tomar en cuenta que ha sido la abdicación de Napoleón la que ha permitido el retorno de Fernando VII a la península. Mientras se inauguran las sesiones del Congreso de Viena el primero de noviembre, en Nueva España, se ha promulgado unos días antes (22 de octubre) la Constitución de Apatzingán. Cuando se clausura el Congreso de Viena el 8 de junio, en México se expide 28 días después el Manifiesto de Puruarán. Estas y otras reflexiones del lector son necesarias para beneficiarse del texto. Pero si su afán es menos ambicioso, encontrará en este libro que la alegría también es historia.

